

bien posemos algunas cartas suyas sobre materias eclesiásticas, la vida de San Epifanio, la de San Antonio de Lerins, y el panegrico tan oscuro como ampuloso de Teodorico, sin hablar de un corto número de epitafios y de epigramas (10).

Rústico Elpidio, médico de Teodorico, ha dejado un poema sobre los beneficios de Cristo.

Maximiano.—De Cornelio Maximiano, etrusco, lo cual equivalía entonces á italiano, nos quedan algunos idilios, de cuyo texto resulta que se habia educado en ejercicios gimnásticos y en la elocuencia: quizá fue uno de los embajadores enviados por Teodorico al emperador Anastasio cuando queria hacerse reconocer como rey de Italia. Enamoróse en Constantinopla de una joven, y su edad ya madura dió margen á los infortunios de que se lamenta en su primera égloga (11). Entre muchos

(10) En San Miguel de Pavia existe su epitafio: dice así:

«Ennodius vatis lucis rediveris in ortu
Hoc posuit tumulo corporis exuvias.
Clarus prole quidem generosior ipse propinquis
Quos functus laudum jussit habere diem.
Reddidit hos caelo vivacibus ille figuris
Cum fecit famæ vivere conloquii.
Quid mirum si morte caret post busta superstitis
Qui consanguineos restituit superis?
Quantus iste foret mundi celebratur in ortu,
Nec silet occidui cardinis oceanus.
Scismata conjunxit dudum discordia legi,
Atque fidem Petri reddidit ecclesiis.
Pollens eloquio doctrinæ nobilis arte
Restituit Christo innumeros populos.
Largus vel sapiens dispensatorque benignus,
Divitias credens quas dedit esse suas
Templa Deo faciens hymnis decoravit et auro,
Et paries functi dogmata nunc loquitur.
Depositus sub d. XVI kal. augustas
Valerio V. C. consule.»

Algunos restos menos malos de poesia pudieran encontrarse de las lápidas funerarias que se encuentran en Italia, como sucede con el siguiente epitafio del obispo de Gaeta, que se lee en la catedral de esta ciudad, y pertenece al año 530.

«Pande tuas, Paradise, fores sedemque beatam,
Andree meritum suscipe pontificis.
Cultor justitiæ, doctrinæ et pacis amator.
Quem vocat ad summum vita beata bonum.
Plenus amore Dei, nescivit vivere mundo,
Et famulo Christi gloria Christus erat.
Quæ meditata fides et credita semper inhaesit,
Hæc te usque ad caelos et super astra tulit.
Numquam de manibus tibi lex divina recessit,
Eloquium Domini vixit in ore tuo.
Romanamque prius decoravit presbyter urbem,
Culminis auctus honor hic dedit esse patrem.
Districtus, sub jure pio et moderamine certo
Utque bonus pastor rexit ab orbe gregem.
Hospitibus gratis, se ipsum donavit egenis,
Illos eloquio, hos satiabat ope.
Presule sub tanto florens Ecclesia mater
Crevit muneribus, crevit et officiis.»

(11) *Nuga maximiana*, ó *De incommodis senectutis*.

lunares hay imágenes tan graciosas y pasajes tan perfectamente imitados de los antiguos, que sus églogas fueron atribuidas por largo tiempo á Cornelio Galo, amigo de Virgilio.

Cuéntasele entre los doce poetas escolásticos, de quienes quedan ejercicios ó especies de certámenes difíciles (12), como por ejemplo, veinte y cuatro epitafios para Ciceron, doce espresados en tres dísticos y otros tantos en dos solamente, siendo todos variaciones obligadas del *Mantua me genuit*: otros doce para Virgilio en otros tantos dísticos; los argumentos de los cantos de la Eneida, cada uno en cinco versos y obra de un poeta diferente; doce exámetros sobre los juegos de azar (*De Ratione tabulae*); veinte y cuatro dísticos sobre la salida del sol; cuarenta y ocho dísticos sobre las cuatro estaciones, tomando por modelo el de Ovidio, *Verque novum stabat*; doce sobre un rio helado; bagatelas artificiosas.

Arator, 490?-556.—El ligurio Arator, probablemente natural de Milan, donde se educó de seguro, siguió la carrera de la abogacia: después fué diputado por los dálmatas á Teodorico, luego conde de los domésticos en la corte de Atalarico; y libre por último del pesaño cargo de los negocios, vino á ser subdiacono de la Iglesia de Roma. Tradujo en dos libros de exámetros las actas de los Apóstoles (13).

V. Fortunato, 609.—A todos los que acabamos de nombrar sobrepujó Venancio Honorio Clemen-

(12) Los otros once son: Asclepiades, Asmeno, Basilio, Euforbio, Eustenio, Ilasio, Juliano, Paladio, Pompeyo, Vital, Vomano.

Nos parece digno de citar este epigrama de Basilio:

«Nec Veneris, nec tu vini capiaris amore,
Uno namque modo vina Venusque nocent.
Ut Venus enervat vires, sic copia vini
Et tentat gressus, debilitatque pedes.
Multos sævus Amor cogit secreta fateri:
Arcanum demens detegit ebrietas.
Bellum sæpe parit ferus exitiale Cupido:
Sæpe manus itidem Bacchus ad arma movet.
Perdidit horrendo Trojam Venus improba bello;
At Lapithas bello perdis, Iacche, gravi.
Denique cum mentes hominum furia vitæ uterque,
Et pudor et probitas, et metus omnis abest.
Compedibus Venerem, vinclis constringe Lyæum,
Ne te muneribus lædat uterque suis.
Vina sitim sedent, natis Venus alma creandis
Serviat: hos fines transiluisse nocet.»

(13) He aquí una muestra:

«Primus apostolico parva de puppe vocatus
Agmine Petrus erat, quo piscatore solebat
Squamæ turba capi, subito de littore visus
Dum trahit, ipse trahi meruit: piscatio Christi
Discipulum dignata rapit, qui retia laxet
Humanum captura genus; quæ gesserat hamum
Ad clavim translata manus; quique œquoris imi
Ardebat madidas ad littora vertere prædas,
Et spoliis implere ratem melioribus undis,
Nunc alia de parte levat: nec deserit artem
Per latices sua lucra sequens, cui tradidit agnas

ciano Fortunato, trevisano de Valdobriadena, (14), que estudió en Rávena gramática y el arte poética (15) sin ocuparse de filosofia ni de literatura sagrada. Una enfermedad de los ojos le hizo recurrir al aceite de una lámpara encendida delante del altar de San Martin, y como sanara de resultas, se encaminó á Tours con el fin de venerar el sepulcro del bienaventurado (565). Benévolamente acogido en aquella ciudad por Sigeberto, que iba á unirse á Brunequilda, les dedicó epitalamios y alabanzas. Posteriormente fué confidente y capellan de Radegunda de Turingia (16). Elevado al obispado de Poitiers sostuvo correspondencia con los personajes más insignes de aquel tiempo. Escribió siete vidas de santos y puso en versos exámetros la de San Martin, escrita por Sulpicio Severo; obra ejecutada tambien por Paulino de Perigueux (*Petrocoro*). Ha dejado cartas teológicas en prosa y doscientas cuarenta y nueve composiciones en diferentes metros sobre la erección ó consagración de las iglesias: algunas de ellas están bajo el nombre de Gregorio de Tours ó le son dirigidas, así como á otras personas: su poesia es frívola ameno y de alegre colorido, en medio de la inmensa gravedad é impotencia de la época. Pasa por autor del simbolo de San Anastasio, del cual dió una explicación (17). Sus himnos son buenos si se atiende al tiempo en que fueron escritos: tienen armonia, imaginación, movimiento, á la par que deslucen su prosa antitesis y cadencias rimadas. Cuando Radegunda obtuvo del emperador Justino un pedazo de la verdadera cruz, compuso el *Vexilla regis prodeunt* y una elegía en forma de cruz que empieza de este modo: *Crux mihi certa salus, crux est quam semper adoro*.

Estas dificultades inútiles y desagradables se in-

Quas passus salvavit oves, totumque per orbem
Hoc auget pastore gregem. Quo munere summus
Surgit, et insinuans divina negotia, coram
Sic venerandus ait; Nostis quam proditor amens
Mercedem scelceris solvit sibi etc.»

(14) «Per Cenetam gradiens, et amicos duplaticenses,
Qua natale solum est mihi.» *Vida de San Martin*, IV.

(15) «Ast ego sensus inops, itala quota portio lingue.
Fæce gravis, sermone levis, ratione pigrescens,
Mente hebes, arte carens, usu rudis, ore nec expers,
Parvula grammaticæ lambens refluamina guttæ
Rhetoricæ exiguum prælibans gurgitis haustum,
Cote ex juridica cui vix rubigo recessit,
Quæ prius addidici dediscens, et cui tantum
Artibus ex illis odor est in naribus istis.» Idem, I.

Copiamos estos versos tanto como muestra de su mérito poético, como para indicar la clase de estudios que se seguian entonces: tambien para hacer ver la primera mención que conocemos de la *lingua italiana*, aunque se deba entender aquí por lengua latina.

(16) Véase antes pág. 126.

(17) Quesnel (*dis.* XVI) la atribuía á Virgilio, último obispo católico de Tapso, impugnador de los arrianos y de los monosofistas, que publicó muchas obras bajo el nombre de otros, lo cual engañó á muchos.

HIST. UNIV.

troducían con frecuencia para suplir la falta de corrección y de elegancia. De aquí los anagramas (18), y otras combinaciones ingeniosas; de aquí tambien el uso de la rima, ya digno de notarse en un epigrama del papa Dámaso. Con la armonía de las cadencias halagaba al oído no acostumbrado ya á reconocer la medida exacta de cada sílaba. De esta suerte trasformándose la poesia, se hacia poco á poco rítmica de métrica que era.

Posemos más de ochenta epigramas de un tal Luxorio que vivía en Africa en tiempo del vándalo Trasamundo, bajo el cual florecia Flavio Felix. Atribúyese á Remnio Fannio tres poemas, debidos quizá al gramático Prisciano, uno sobre los pesos y medidas, otro sobre los astros: el tercero sobre la geografia para uso de los jóvenes, es una traducción clara y sencilla del *Itinerario* de Dionisio de Carace; solo que á las ideas paganas del autor substituyó ideas cristianas, tomando de Solino los conocimientos que venian bien á su objeto. Del africano Flavio Cresconio Corippo queda el elogio del emperador Justino en cuatro cantos, manifestándonos su texto hasta donde puede humillarse la lisonja. A pesar de todo nos ha conservado ciertas particularidades sobre las costumbres y ce-

(18) Omitiendo citar los anagramas que pueden leerse en los libros, copiamos el siguiente epitafio que existe en la catedral de Vercelli y corresponde al siglo IV ó V:

«Tamine virgineo hic splendida membra quiescunt,
Insignes animas castis velamine sacro
Ornibus imposito caelum petiere sorores,
Innocæ vitæ meritis operumque bonorum
Zoxia vincentes, Christo juvante, venena
Invisi anguis palmam tenere perennem
Spide calcato, sponsi virtute triumphant.»

Tætanturque simul pacatæ in secula missæ,
Evictis carnis vitis sævoque dracone
Oblectante diu subigunt durissima bella,
Zam cunctis exuta malis, hic corpora condunt.
Tantus amor tenuit semper sub luce sacratus
Langeret ut tumulo sanctarum membra sororum,
Vlyus quas matris mundo emiserat una.

Floribus et variis operum gemmisque nitentes.
Lucis perpetuæ magno potiuntur honore
Vdventum sponsi nunc præstolari jubentur
Aeste sacra domino comptæ domante beate
Immortale Deus numerosa prole parentes
Veterno regi fidem pietate sacrarunt.

Vd cœlum mittet pariter domus una sepulcri
Virifico genitrix fetu, quæ quatuor agnas
Protulit electas, claris quæ quatuor astris
Emicuit, casto dono comitante, Maria
Tætatur gaudens germanis septa puellis.
Ingressæ templum Domini, venerabile munus
Vccipiunt duos quoniam vicere labores.

Nomina sanctarum, lector, si forte requiris
Ex omni versu te littera prima docebit.
Hunc posuit titulum neptis Taurina sacratum.»

T. IV.—32

remonias de aquel tiempo, como las exequias de un emperador y la instalacion de un nuevo augusto ó de un cónsul.

A esta época pertenece así mismo un poema sobre la expedicion de Atila y sobre las hazañas de Gualtero príncipe de los aquitanios; descubierto medio siglo hace, obra en que se pueden encontrar muchos pormenores descuidados por la historia: su estilo es flojo, aunque el autor parece nutrido con la lectura de los mejores escritores, y especialmente de Virgilio. Siguiendo las huellas de éste Euqueria, pedida en matrimonio por un esclavo, manifiesta su indignacion en treinta y dos elegias, glosando ó desmenuzando los versos que siguen al vigésimo séptimo de la égloga octava del gran poeta de Mantua. Giro más suelto tienen los versos del *commonitorium fidelium* de San Orienzo, obispo de Ilberis: lo mismo acontece con sus exámetros sobre el nacimiento de Cristo y con muchos himnos.

Avito, -527?—Alcimo Ecdicio Avito, natural de aquella Auvernia que era la flor de la Galia, sucedió á su padre en el arzobispado de Vienne (490), y se mostró celosísimo en el santo ministerio, especialmente resistiendo con dignidad á los borgoñones arrianos, dominadores del Delfinado. De sus numerosos escritos nos quedan unas cien cartas sobre los sucesos de la época, y seis poemas. Podrían pasar los tres primeros por cantos de una misma epopeya. Contiene la relacion todo lo acontecido desde el primer instante de la creacion hasta aquel en que nuestros primeros padres son arrojados del Paraíso: «Caen juntos sobre la tierra; entran en el desierto mundo, y dirigen aquí y allí su rápida carrera. Sonríe el mundo adornado con toda clase de árboles y de verdura, de frescas praderas, de arroyos y de ríos; y sin embargo, ¡cuán vil parece comparado á ti ¡oh Paraíso! ¡Qué horror experimentan hacia él, y como se conduelen de lo que han perdido! Es estrecha para ellos la tierra: no descubren su término, y no obstante se sienten estrechos y gimen. Oscuro es el día á sus ojos, y bajo el esplendor del sol se lamentan de que la luz ha desaparecido.» (19) Precedió, pues, á Milton, quien le copió algunas de las ideas con que hermoeara la cuna de la humanidad. Pero las bellezas pertenecen á quien sabe servirse de ellas, así

(19) Eva exorta á Adán á comer del fruto del árbol prohibido con los siguientes versos:

«Sume cibum dulcis vitalis ex germine conjux,
Quod similem summo faciet te forte tonanti
Numinibusque parem. Non hoc tibi nescia donnam,
Sed jam docta fero. Primus mea viscera gustus,
Attigit, audaci dissolvens pacta periclo.
Crede libens, mentem scelus est dubitasse virilem
Quod mulier potui. Præcedere forte timebas,
Saltem consequere, atque animos attolle jacentes.
Lumina cur flectis? cur prospera vota moraris?
Venturoque diu tempus furaris honoris?»

como la lira no es del que la ha comprado, sino del que sabe sacar de ella armoniosos sonidos.

San Fulgencio, 468-533.—Podríamos empezar por Avito una larga série de escritores eclesiásticos, obispos y santos, muy notables ciertamente por la piedad de sus obras y por el fervor de su celo, si bien no carecen de algun mérito literario. Fabio Claudio Fulgencio, obispo de Ruspa, en Africa, es llamado por Bossuet el más insigne teólogo y el más eminente santo de su tiempo. Su madre, mujer religiosa en extremo, quiso que antes de que se aplicara al estudio de la lengua latina, aprendiera de memoria todo Homero y parte de Menandro. Él se vanagloriaba de ser discípulo de San Agustín; pero aunque sus obras tengan más claridad y orden que las de sus contemporáneos, es inferior á ellos y á sus antiguos compatriotas en estilo, como á Tertuliano en energia, y en facilidad á Cipriano. En general se muestra más teólogo que orador. Hallándose en la corte de Teodorico, á quien veía rodeado con todo el brillo de la real magnificencia, dió tregua á su admiracion para exclamar de este modo: «Si tanta pompa rodea á los reyes de la tierra, imaginad cual debe ser la de la Jerusalem celeste. Y si los hombres, solo capaces de la vanidad, van revestidos con tantos honores, ¡de cuánta ventura y gloria disfrutará en el seno de la verdad los bienaventurados!» Cuando el arriano Trasamundo, rey de los vándalos, se puso á perseguir á los católicos, desterró á Fulgencio á la Libia con sesenta obispos, entre los cuales gozaba de la principal autoridad, aunque era el de menos años, y se le consultaba desde los más distantes países (533).

De San Remigio (-490), arzobispo de Reims, célebre por haber bautizado á Clodoveo, poseemos cuatro cartas y su testamento. El armoricano Fausto, abad de Lerins, luego obispo de Riez, desterrado por el visogodo Eurico por haber escrito contra los arrianos, trató de la gracia y del libre albedrío, mostrando alguna inclinacion á las ideas de los pelagianos.

San Cesáreo, 470-542.—San Cesáreo, arzobispo de Arlés, uno de los más ardientes promovedores del monaquismo en Occidente, nació en Chalons, ciudad situada á orillas del Saona, de una familia ilustre por la sangre y por la piedad. Estudió en la abadía de Lerins, que ya hemos citado muchas veces, calificándola de asilo de la sabiduria, de la caridad, de la fe, y de cuanto consuela, atrae y regenera á la humanidad. Debilitado por la predicacion se dirigió á Arlés á fin de restablecerse: allí fué proclamado obispo y presidió los concilios de Agde, de Arlés, de Carpentras y de Orange. Hizose sospechoso á los ojos de Alarico, rey de los visogodos, después á los del ostrogodo Teodorico, suponiéndole la intencion de entregar la Provenza á los borgoñones. El primero le envió á un destierro, el otro hizo que se le presentaran en cadena en Ravena; pero conmovido á consecuencia de su majestuoso continente y de su im-

pavidez le dió libertad y le regaló una copa de oro, de peso de sesenta libras con sesenta monedas de oro, que empleó el santo en rescatar prisioneros. Nos quedan ciento treinta sermones suyos, que, destinados á hombres rudos, abundan en antitesis y en símiles sacados de la vida doméstica. No habiéndose educado en escuelas en que el cristianismo tomaba cierto tinte pagano, estraño á las letras profanas, se muestra por esta razon más apostólico y sencillo: se dirige á los sentimientos naturales del alma, es todo amor y amigo del pueblo á quien habla.

Los únicos monumentos que nos quedan de la borrascosa actividad de San Columbano son la regla que impuso á sus religiosos y diez y seis instrucciones ó sermones llenos de imaginacion y de fuego. Pero se nota en ellos una rigidez que no transige con nada, y una insistencia que se tomaría casi por pasion. Las homilias que nos han sido transmitidas de Lorenzo, obispo de Novara ó de Navarra, justifican poco el título de meloso y dulce con que se le distinguía.

Historiadores.—Esceptuando á Marcelino, conde de la Iliria y autor de una crónica, que empezando en tiempo de Valente alcanza hasta el año de 534, solo en el clero es donde hay que buscar á los historiadores, en pequeño número é insuficientes, de aquel período. Escribió Víctor, obispo de Vita, en Constantinopla, donde se hallaba desterrado por un motivo de fé, la historia de la persecucion vándala en 487. El sabio Gildas, apellidado Badónico, por haber nacido en el año en que los sajones fueron derrotados en Bath por los ingleses (490), era oriundo de Calcedonia: habiéndose ordenado, se trasladó á Bretaña, fundando allí el monasterio de Ruys, donde escribió, en 543, los acontecimientos que habian tenido lugar en su país, poniendo á su obra el título de *Liber querelus de excidio Britannie*. Dionisio el Pequeño (540), natural de Escitia ó de las orillas del Ponto Euxino, fué á Roma, donde tomó el hábito de religioso. Además de las decretales ya mencionadas, compiló un ciclo pascual que comprendia el período de noventa y cinco años, empezando en el de 531. Fué el primero que contó desde el nacimiento de Jesucristo, fijado por él en el año cuarenta y tres de Augusto. El venerable Beda hizo la descripcion de este ciclo, en la crónica *De sex mundi ætatibus ab orbe condito ad annum 726*, y colocó antes que otro alguno los años segun aquella era, que se sustituyó á la de los mártires y que ha llegado á ser la vulgar. Jornandes ó Jordan, godo de nacion, secretario de un rey alano, después quizá obispo de Ravena (552), resumió la historia de los godos del tiempo de Casiodoro, mostrándose en ella parcial y nada crítico. Estrató tambien de Floro un compendio de la historia romana desde Rómulo hasta Augusto.

Víctor, obispo de Tunnuna, en Africa (564), llamado á Constantinopla para que diese cuenta de la parte que habia tomado en la discusion de

los Tres capítulos, y encerrado en un monasterio, donde murió, prosiguió la crónica de Próspero de Aquitania, desde 444 hasta 566; siendo continuado el mismo hasta 590 por Juan, obispo visogodo, llamado Biclariense por el nombre del convento que fundó en los Pirineos. Juan es útil sobre todo en lo que concierne á España. Hay otra continuacion de la crónica de Próspero hasta 581 por Mario, obispo de Avenches.

San Isidoro, 636.—Escribió San Isidoro, obispo de Sevilla (601), en veinte tomos, los *Origenes ó Etimologias*, que concluyó su amigo Braulio, obispo de Zaragoza. Es una enciclopedia de todo lo que se sabia entonces; tratándose en ella primero de gramática y de historia, de retórica y de filosofía, de aritmética, de música y de astronomia, de medicina, de jurisprudencia, de cronologia, y después de la Biblia, de las bibliotecas, de los manuscritos, de los concilios y de los calendarios. Discurre enseguida el autor sobre Dios, sobre los ángeles, los hombres y la fé; desputés sobre las herejias, las sibilas, los nigrománticos y los dioses; más adelante se ocupa de las diversas lenguas, de los nombres de los pueblos y de las dignidades; y por último, busca la etimologia de muchas palabras desconocidas. Si con bastante frecuencia desvaria, preciso es disculparle, aunque no sea por otra cosa sino por habernos conservado multitud de fragmentos antiguos. Ha tratado así mismo de las diferencias ó de la propiedad de las palabras, atribuyéndosele distintos glosarios. Ha dejado una crónica que empieza con la creacion y alcanza hasta Heraclio en 626, sacada de los anteriores, salvo algunos detalles nuevos sobre los últimos tiempos (20), y además dos historias de los pueblos germanos que fundaron reinos en España en el siglo v (21), con un apéndice sobre los vándalos y los suevos: habiendo vivido entre ellos pudo hablar de aquella época con toda exactitud. Prosiguió tambien el catálogo de los escritores eclesiásticos de San Jerónimo.

Su discípulo San Ildefonso, arzobispo de Toledo, escribió la historia de los godos, desde el año 647 hasta el de 667, época de su muerte. Continuóla hasta 670 Julian Pomerio, arzobispo tambien de dicha ciudad; llevándola después, en el siglo xiii, un obispo de Tuy hasta el año de 1236. En esto consiste el cuerpo de las historias de España.

Historia eclesiástica.—Epifanio (v. 510), escolástico, es decir, abogado, hizo á instancias de Casiodoro, un resumen de las historias eclesiásticas de Sócrates, de Sozomenes y de Teodoreto. Esta obra, y la continuacion de Eusebio por Rufino, formaron la *Historia tripartita* en doce libros, manual de la historia eclesiástica en Occi-

(20) «De temporibus, ó Abreviator temporum, ó De sex mundi ætatibus, ó Imago mundi.»

(21) «De historia, sive Chronicon Gothorum, Chronicon breve regni Visigothorum.»

dente. Genadio, obispo de Marsella (492), continuó hasta el año 492 la historia literaria de San Gerónimo (22), dividida en cien secciones, de las cuales, la última está consagrada al mismo autor.

Gregorio de Tours, 439-95.—Jorge Florencio, heredó de su bisabuelo, obispo de Langres, el nombre de Gregorio, nació en Auvernia de una familia senatorial, ilustre ya por varios obispos. Una delicada salud le determinó a acudir al sepulcro de San Martín, para implorar de él su curación, siendo después elegido para sucederle. Parece que hizo el viaje de Roma para ver allí a Gregorio Magno, y que los reyes francos le emplearon en sus disidencias. Es llamado el padre de la historia de Francia por razón de sus diez libros intitulados *Historia ecclesiastica francorum*. No se infiera del título que se habla solo de las cosas de la Iglesia, pues que lo aprovecha para hablar de toda la historia. «Referiré, mezclándolas unas con otras, las virtudes de los santos y las desgracias de los pueblos; ni creo que se considere extraño el unir en el relato, no para la comodidad del escritor, sino para seguir la marcha de los sucesos, las felicidades de la vida de los bienaventurados con los desastres de los infelices.»

En el primer libro, remontándose a Adán, refiere los principales acontecimientos del pueblo elegido, la vida de Jesucristo y de los emperadores y como fué plantada la cruz en las Galias; concluyendo con la muerte de San Martín. En el segundo, empieza realmente a hablar de los francos, y prosigue hasta la muerte de Clodoveo; llega con los otros ocho al año 592. Aunque muestra conocer a Virgilio, Salustio y Gelio, escribe en un estilo inculco a la vez y afectado, no teniendo fuerza ni colorido, y aun sin ningún orden cronológico, como un hombre que narra a proporción que lo oye decir. Lloró, sin embargo sobre la decadencia de las letras. «Declinando, ó más bien habiendo perecido el cultivo de las letras en las ciudades de las Galias, en medio de las buenas y malas acciones que se cometieron entonces, al paso que los bárbaros se abandonaban a su ferocidad y los reyes a su furor, mientras que las iglesias eran unas veces enriquecidas por las almas piadosas y despojadas otras por los infieles, no se encontró ningún gramático bastante instruido en la dialéctica para emprender la tarea de describir los acontecimientos en prosa ó verso. Por esto es por lo que muchos decían gimiendo: ¡Cuán desgraciados somos, las letras perecen, y no se encuentra nadie que sepa referir los acontecimientos del día! Viendo esto, he juzgado útil conservar, aunque en estilo no cultivado, el recuerdo de las cosas acontecidas, con objeto de que lleguen al conocimiento de los siglos venideros.»

No tiene excusa en su libro la superstición por

(22) *Catalogus de viris illustribus.*

la ingenua piedad, ni indemniza su credulidad con su imaginación. No tiene la ingenuidad de los antiguos ni la crítica de los modernos; despreciando los hechos importantes, acepta otros falsos ó dudosos y cree ciegamente en los prodigios. Pero como es contemporáneo, muchas veces también testigo y actor, su libro respira la tristeza que debió experimentar el que veía hombres y cosas, crímenes y virtudes, confundirse en el caos en que perecía la antigua civilización. Con rasgos característicos describe a veces mejor de lo que podría hacerlo por medio del arte; hay algún movimiento en la narración, alguna verdad en la expresión y en el sentimiento; de manera que retrasa los tiempos sin quererlo, porque a ellos pertenece; y manifiesta aquel contraste de las razas, de las condiciones, de las clases, que la conquista había puesto frente a frente en el mismo terreno.

Fredegario.—Fredegario, de quien solo sabemos que era borgoñón, probablemente monje y que vivía hacia la mitad del siglo séptimo, hizo una crónica general, en los tres primeros libros de la cual compendia a Julio Africano é Idacio, en el cuarto los seis primeros de Gregorio de Tours, con algunas adiciones y continuándolo en el quinto hasta el año 641. Más parcial de lo que se puede permitir con respecto a los reyes que gobiernan la Borgoña, descuida la Ostria y el resto de Francia, y queda con respecto al arte muy inferior a su modelo. No ofreciendo ya ningún vestigio de la antigua literatura, conoce el mismo que «el mundo envejece y que el filo del espíritu se embota; nadie en el día iguala a los escritores del tiempo pasado, y ni aun lo pretende.» Aimoino, religioso de Fleury, es algo mejor: no obstante, prolijo y trivial en su estilo, es inhábil para elegir los hechos y los detalles; también ha dejado una historia de Francia en cinco libros.

Leyendas.—Las leyendas y las vidas de los santos constituyen un género de literatura enteramente nuevo. Muy multiplicadas entonces, tenían un objeto enteramente práctico, procurando menos seducir el ánimo, y satisfacer la razón, que conmover la voluntad. Diversas relaciones, de las cuales algunas eran ficticias, otras exageradas ó mal comprendidas, se habían estendido sobre los héroes populares que llamamos santos, como en otro tiempo sobre todos los héroes. A veces la imaginación veía en ello milagros, a veces la ignorancia llamaba prodigios a ciertos hechos que se explican naturalmente. Estos relatos, repetidos, amplificados por la fama, se recogieron como verdades por personas que conocían menos la necesidad de discutir que de creer y amar. De esta manera sabía la Grecia punto por punto todos los hechos de los héroes de Troya, que tal vez nunca habían existido; y cada ciudad de la Italia meridional, conservaba ó las armas ó los sepulcros de algún compañero de Eneas, que tal vez nunca abordó a sus playas.

Cerano, obispo de Paris, escribió a todos los clér-

rigos para pedirles las piadosas tradiciones de su país. Juan Mosch, que había venido de Alejandria a Roma, compuso entonces el *Prado espiritual* en doscientos diez y nueve capítulos consagrados a milagros. Sobre esta materia es sobre la que versan los diálogos de Gregorio Magno, de que hemos hablado, como también los escritos de Metafrastes. También Gregorio de Tours escribió la gloria de los mártires en ciento siete capítulos de milagros, en ciento doce la de los confesores, en veinte las vidas de los Padres, en cincuenta los milagros de San Julían, obispo de Briú; después los de San Andrés, y especialmente los de San Martín, obras que en su tiempo habrán agradado más que la historia.

Ejercitábase también a veces el talento de los monjes en aquellas vidas, é inventaban a porfía las circunstancias más raras. Las mejores estaban depositadas en los archivos de los monasterios; y cuando las sacaban después de muchos años, adquirían confianza a razón de su antigüedad. Vino después la crítica a pasarlas por su criba, y las reunió en un cuerpo de historia que abraza quince siglos y todos los países, todos los usos y todas las categorías. Ruinart imprimió los hechos de los primeros Padres y mártires.

El sabio Mabillon recopiló las vidas de los santos benedictinos; Baronio introdujo muchas de ellas en los *Anales de la Iglesia*; pero la colección más célebre es la de Juan Bolland ó Bolland, jesuita belga, de Amberes. Consta de cincuenta y tres volúmenes que contienen quizá veinte y cinco mil vidas y no llegan sino hasta la mitad de octubre (23).

(23) Acerca de la vida de los santos, había reunido muchos materiales el padre Rosweide, el cual los insertó en su *Prodromo de los fastos de los Santos*, 1607. Habiéndolo visto Bellarmino, dijo que no bastarian 200 años para llevar a cabo tamaña obra. Muerto Rosweide, fueron confiados sus trabajos a Juan Von Bolland, otro jesuita, que cam-

eran una especie de reacción de las imaginaciones contra los desórdenes morales de la época pues, se ponía entonces en evidencia la bondad de la justicia, que habiendo desaparecido del resto del mundo y ofreciendo en medio de los dolores aquellas relaciones tiernas y simpáticas, proporcionaban pasto a los espíritus desprovistos de todo otro alimento. Era para la vida, tan cruelmente agitada de aquel tiempo, un consuelo manifestar la continua asistencia de la Providencia con respecto a los que creen. En la Biblia encontrábase la imaginación detenida por los límites de la fe; y podía en las leyendas tomar a su antojo el vuelo más caprichoso y variar sus veneraciones, según los tiempos y los lugares; volviéndose primero a los mártires, después a los solitarios, y por último, a los grandes obispos, a los artistas, a los literatos, a los héroes, en fin, a los nuevos apóstoles de un nuevo mundo (24).

bió el orden de su predecesor ampliándolo y comenzó a publicarlo todo; pero habiendo conocido que un solo hombre no podía bastar, pidió colaboradores, y entonces se formó la sociedad llamada de los Bollandistas, uno de cuyos más célebres miembros fué Papebrochio. En 150 años se publicaron 53 vol. (1643-1794), llegando tan solo al 15 de octubre. Pero cuando la supresión de los jesuitas, la obra había sido ya suspendida. Maria Teresa procuró salvar del naufragio aquella preciosa colección. José II quiso, siguiendo su costumbre, entrometerse en aquello; y decretó que se diera a luz un volumen cada año. Pero suprimió más adelante la pensión y mandó poner en venta todos los libros y manuscritos de la sociedad, sacando de ellos 220,000 florines. Sin embargo, hubo quien los reuniera todos y conservara primero en un convento de Bélgica, y luego en lugares tan ocultos, que los decretos y las diligencias de Napoleón I no pudieron lograr encontrarlos y sacarlos a luz. Habiéndose organizado la Bélgica en reino, y habiendo sido restablecidos los jesuitas, aquella gran empresa fué resuscitada en 1837, y se publicó un volumen en 1845, y otro en 1853.

(24) Daremos de ello algunos ejemplos en el libro XI, cap. XII.